

ROLF WIGGERSHAUS, *La Escuela de Fráncfort*, trad. de Marcos Romano Hassán, Fondo de Cultura Económica/Universidad Autónoma Metropolitana, México D.F., 2010. 921 páginas.

A pesar de que su publicación original data de 1986, no ha sido hasta el pasado año cuando se ha editado la primera traducción al castellano de este extenso análisis de los intelectuales de la Teoría Crítica, obra de Rolf Wiggershaus, discípulo de Theodor W. Adorno (1903-1969) y de Jürgen Habermas.

Tomando como base una estructura cronológica, Wiggershaus imprime un marcado carácter omnicomprendivo a la obra, centrándose en no dejar cabos sueltos a la hora de entender la creación, organización y evolución de este grupo de pensadores del *Institut für Sozialforschung*, bajo el mecenazgo de Felix Weil (1878-1975) y la dirección de Max Horkheimer (1895-1973). Para ello, no se limita al mero análisis filosófico que, aunque demuestra ser poderoso y amplio, en términos generales resulta ciertamente irregular. Además, introduce una importante carga historiográfica y de la vida privada de los protagonistas, valiéndose de una minuciosa bibliografía en la que destaca, sin lugar a dudas, la utilización primordial de ingente correspondencia inédita entre los miembros. Así, *La Escuela de Fráncfort* no solo constituye un estudio recopilatorio de producción intelectual, sino que también es una privilegiada crónica entre bambalinas académicas de varios de los momentos clave en la historia del siglo veinte.

El autor aclara desde la introducción que elude abordar el debate acerca de si la Escuela de Fráncfort es como tal una escuela doctrinal o no, habida cuenta de la heterogeneidad de las perspectivas de los autores en algunas fases. Wiggershaus no se preocupa en exceso de esta cuestión formal. Prefiere ir siguiendo de modo casi enciclopédico cada una de las sendas que fueron abriendo estos intelectuales, sin importarle resaltar desavenencias entre unos y otros, recurriendo al nexo de las cartas personales o de las instituciones que los vinculaban para no perder la coherencia general de la obra.

*Ocaso*<sup>1</sup>, el capítulo que abre el libro, es una profusa compilación de referencias doctrinales y culturales y de tendencias intelectuales en la Europa de entreguerras. El lector fluye por la *Teoría de la novela* de György Lukács (1885-1971), por las categorías de Karl Marx (1818-1883) y Georg Wilhelm Friedrich Hegel (1770-1831), por la música de Arnold Schönberg (1874-1951) o el psicoanálisis de Sigmund Freud (1856-1939), en medio, eso sí, de unas biografías de juventud algo áridas: amplias contextualizaciones familiares, educación, relación con la religión, tesis doctorales o primeros trabajos académicos son algunas de las referencias en las que más insiste el autor.

La especial dedicación de Wiggershaus a los aspectos biográficos, académicos y

---

<sup>1</sup> Título que coincide con uno de los seudónimos que utilizaba Max Horkheimer en sus primeras publicaciones.

organizativos del círculo de Horkheimer desemboca en determinados pasajes en la falta de un componente filosófico suficiente: ciertas categorías no están lo necesariamente desarrolladas como para facilitar la comprensión del lector. Es decir, la abundancia del análisis y las citas del material epistolar restan durante varios capítulos protagonismo a la exposición de las temáticas e ideas abordadas en las publicaciones de los teóricos. El autor dedica un excesivo tiempo a fundamentar el *por qué* —financiación, influencias o inquietudes— y el *cómo* —*modus operandi*—, para olvidarse o pasar de puntillas con respecto al *qué* —el contenido y las conclusiones de las investigaciones—. Quizá la consecuencia más destacada de este proceder, unido con la intención de Wiggershaus de hablar de todos y cada uno de los proyectos (también los inconclusos), es la sensación general de que ciertos aspectos más superfluos o de menor trascendencia han sido tratados con el mismo esmero que otros de más calado en la contribución de la Escuela de Fráncfort a la intelectualidad, en una estructura lineal y aséptica que tiene en cuenta por igual todos los temas, con la consiguiente infravaloración de algunos de ellos que objetivamente fueron más importantes o fructíferos. De esta manera, en ocasiones incide demasiado en lo anecdótico o lo superficial de las biografías o en los métodos en detrimento de la exposición de unos perfiles teóricos claros<sup>2</sup>. El autor se

encuentra especialmente cómodo desarrollando la filosofía del primer Horkheimer, Adorno, Habermas y el Herbert Marcuse (1898-1979) de los últimos años, sin embargo, en ocasiones las exposiciones del resto de pensadores quedan a medias o aligeradas.

En cualquier caso, al margen de cuestiones temáticas, la obra no pierde un ápice de interés, partiendo de la base de lo apasionante de las situaciones históricas entre las que se desarrolló el *Institut für Sozialforschung*. El ascenso del nazismo, el exilio, la Segunda Guerra Mundial, la caza de brujas de McCarthy o las revueltas estudiantiles de los años sesenta fueron algunos de los importantes condicionantes contextuales con los que tuvieron que enfrentarse y que marcaron de una manera u otra su producción intelectual, debiendo recurrir continuamente a una cierta autocensura o al uso de eufemismos para no tener dificultades académicas o personales, o adaptando sus métodos de investigación para seguir la estela empírica dominante en Estados Unidos y así poder conseguir financiación y un cierto estatus en el sistema universitario norteamericano. Wiggershaus refleja cómo no fue demasiado problemático para ellos el disfrazar su interpretación marxista de la filosofía para evitar caer en tópicos que además pudieran acarrearles problemas pero, sin embargo, sí se percibe que, salvo quizás Adorno, no se sintieron nunca del todo cómodos en su nuevo rol de investi-

---

<sup>2</sup> Por ejemplo, mientras que brilla en su análisis detallado de los eruditos estudios culturales de Adorno y Benjamin acerca de la música o literatura, por el contrario, bosqueja muy por encima el contenido del estudio conjunto de Horkheimer y Adorno que desembocó en la popular obra *Dialéctica de la Ilustración*.

gadores empíricos de las ciencias sociales en Columbia.

Con respecto al especial uso de la terminología utilizada en las publicaciones de los autores, Wiggershaus busca la raíz de esta cuestión, concluyendo en la falta de compromiso político activo por parte de esta generación de defensores teóricos del marxismo. Se insiste una y otra vez en que:

La abstinencia, no solamente de toda actividad aunque fuera sólo medianamente política, sino incluso de toda medida colectiva u organizada para explicar la situación que se estaba dando en Alemania, o para apoyar a los emigrantes, fue siempre la política generalizada del instituto bajo la dirección de Horkheimer (p. 172).

El autor deja claro que, a excepción de Marcuse a su regreso a Europa y de Habermas, quienes se alinearon con la oposición estudiantil, el *Institut für Sozialforschung* se centraba por definición fundamentalmente en la teoría y no en la acción política:

La teoría marxista les resultaba atractiva solamente debido al hecho de que parecía prometer soluciones para problemas teóricos que estaban atascados, o porque parecía representar la única crítica radical de la sociedad capitalista-burguesa enajenada de alto nivel teórico y que no ignoraba la realidad (p. 138).

En lo que respecta a la adaptación a los métodos de la academia norteamericana, necesarios para poder acceder a financiación, teniendo en cuenta las limitaciones de una época en la que los principales esfuerzos económicos e intelectuales estaban dirigidos a la contienda militar y tecnológica, Wiggershaus muestra las contradicciones con las que tuvieron que convivir los intelectuales emigrados a Estados Unidos: ¿Hasta qué punto era compatible la fuerte crítica al positivismo que ejercían con la primacía del empirismo en las investigaciones filosóficas, sociológicas y políticas que llevaban a cabo? En palabras del autor, Horkheimer:

Designaba a los positivistas como representantes modernos de la corriente nominalista, cuya función se había transformado de una progresista a una reaccionaria. La glorificación de las ciencias especializadas, con sus ideales de objetividad y exactitud, había traicionado los elementos progresistas del liberalismo, al haber desechado la relación con un sujeto que conoce y la violencia constructiva de la razón que apunta a la dominación completa de la naturaleza y la sociedad, y significaba guardar silencio frente al horror que los herederos totalitarios del liberalismo traen sobre el mundo (p. 233)<sup>3</sup>.

Lo cierto es que los miembros de la Escuela de Fráncfort trabajaron mucho en

---

<sup>3</sup> Esta idea entronca con una de las grandes conceptualizaciones de la *Dialéctica de la Ilustración*, la razón instrumental, y también está estrechamente relacionada con la interpretación predominantemente marxista de la época según la cual el fascismo era consecuencia del liberalismo y la forma de dominación política del capitalismo monopolista.

investigaciones formulando sus teorías a partir de datos extraídos de encuestas, entrevistas o técnicas grupales y, especialmente en este último ámbito, su contribución fue importante con el éxito posterior que tuvieron las entrevistas de grupo, pero no siempre los resultados eran los esperados<sup>4</sup>. En la parte final del libro, *La Teoría Crítica en una época de cambios*, Wiggershaus relata el enfrentamiento de los estudiantes alemanes con el Gobierno durante la segunda mitad de los años sesenta, en línea con el Free Speech Movement de Berkeley y el Mayo del 68 francés. Al hilo de este conflicto aprovecha para sostener la idea muy extendida en la actualidad de una mala interpretación, fruto de la deriva marcuseriana y el aire fresco que supuso la irrupción de Habermas, de los teóricos de la Escuela de Fráncfort en relación con estos movimientos<sup>5</sup>.

En términos generales, se puede entender *La Escuela de Fráncfort* como una obra que condensa de forma esforzada, pero no del todo nítida, la contribución a la Teoría Política en particular y a las ciencias sociales en general de estos destacados académicos, pudiendo resultar especialmente densa y compleja para el lector profano en la materia. En todo caso, tiene un valor fundamental para poder leer entre líneas la bibliografía de los Horkheimer, Adorno, Habermas, Marcuse, Walter Benjamin (1892-1940), Friedrich Pollock (1894-1970) y Erich Fromm (1900-1980), pues aporta datos contextuales de especial relevancia, así como conforma una ejemplar narración de la historia de una de las instituciones más influyentes para el pensamiento contemporáneo.

HÉCTOR DOMÍNGUEZ

---

<sup>4</sup> Así, el libro refleja cómo después de años de investigación científica mediante cientos de cuestionarios reformulados una y otra vez en busca de las raíces autoritarias y antisemitas de los trabajadores en Estados Unidos, fue desalentador comprobar cómo habían extraído similares conclusiones a las que había obtenido Jean-Paul Sartre (1905-1980) en sus *Escritos sobre la cuestión judía* de una manera más informal y personal.

<sup>5</sup> “Irónicamente, Horkheimer, que tendía a identificar el antiamericanismo con el protototalitarismo, que tenía una actitud de rechazo tanto frente al movimiento estudiantil como frente a la lucha de liberación vietnamita, fue recibiendo cada vez más honores a medida que se iba radicalizando el movimiento estudiantil, al irse convirtiendo algunos de sus trabajos anteriores en una mina de citas que correspondían al estado de ánimo del momento. Naturalmente, esto no representó ninguna satisfacción para Horkheimer” (p. 778). Tal y como afirma Wiggershaus en la *Introducción*, los estudiantes revolucionarios mitificaron a la Escuela de Fráncfort a raíz de la popularidad de Marcuse, hasta principios de los años setenta, cuando el historiador Martin Jay puso de relieve la realidad multiforme del grupo.